



Rafael Gumucio Araya

¿ De que hablamos cuando hablamos de América ?

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Rafael Gumucio Araya

¿ De que hablamos cuando hablamos de América ?

América les ha parecido siempre el tema más lógico, a veces hasta obligatorio, a nuestros ensayistas. ¿ Pero es un tema tan lógico? Montaigne, el primer ensayista moderno, no escribe en ningún de los tres tomos de sus ensayos sobre "Francesidad" o sobre Francia como Nación. En el primero de sus ensayos limita claramente el radio de su reflexión. No hablará más que de lo que conoce: De sí mismo, sus enfermedades, sus obsesiones, sus lecturas. Se encierra en su biblioteca y se observa a sí mismo acercarse a la muerte. Este encierro, esta limitación es capital en la historia del ensayo, tan capital como el descubrimiento de América (del cual es contemporáneo) en la historia. Montaigne no sólo inventa un género, lo que llamamos el ensayo, sino una actitud intelectual, un tipo de intelectual que no es más que eso, alguien que vive consigo mismo en un mundo donde nadie más lo hace.

Montaigne no habla de su "Francesidad", o de Francia, pero si nos habla de América (lo hace en un ensayo sobre el canibalismo). Recoge anécdotas sobre la conquista, crítica la barbarie con que se ha actuado y describe extraños paisajes y personajes. Su visión es la del turista literario que recoge noticias de un continente nuevo, de un continente monstruo donde lo normal se vuelve anormal con el sólo contacto con la tierra americana. Montaigne inaugura entonces, la larga legión de intelectuales que ven a América desde fuera . Inaugura en nosotros, al mismo tiempo, la curiosidad por esbta visión desde fuera. Y cuando hablo desde fuera hablo sobre todo desde Francia. El Socialismo Inca, el buen salvaje o el genocidio Indígena de las colonias vendrán de esta tradición de pensar a América como si no existiera, como si Montaigne la hubiese inventado. Otro siglo más pasará y con nuestra separación de España los propios españoles preferirán entender poco o nada de América.

Montaigne no pretendía entender a América, como no pretendía entender a Francia; daba noticias que le habían extrañado desde su parcela Bordolesa. Nada más, nada menos. Los Americanos tomaron el deber de hacerse entender, de explicar al mismo tiempo que esa América salvaje y extraña no era tan salvaje ni tan extraña, y que era tan salvaje y tan extraña de otro modo. Es cierto que ninguno de nuestros pensadores tuvo la tranquilidad material y espiritual de Montaigne. Pero también es cierto que nuestros mismos pensadores pusieron los límites del ensayo justo donde Montaigne los había desplazado.

Pensar en Hispanoamérica era fundar Hispanoamérica. Montaigne leía en nosotros una noticia extraña que confirmaba o desechaba sus teorías sobre el hombre y, por consiguiente, sobre sí mismo. Lo mismo hará Leopardi al comprobar a través del exterminio de los Indios Fueguinos que el hombre está hecho para el dolor. América leída sirvió tanto para el pesimismo existencial, como para las teorías del socialismo inevitable. Los escritores Americanos, "nuestros escritores", no hicieron algo tan distinto. Pero en vez de leer a América desde fuera, sin conocer, sólo por curiosidad, escribieron a América, de un modo igualmente arbitrario, interesado, esperando cosechar el fruto de sus esfuerzos.

¿ Pero, por qué Montaigne no escribió sobre el ser nacional Francés? Primero porque Montaigne no escribía sobre el ser. Escribía sobre lo que iba siendo, por eso sus tan conocidas contradicciones. Segundo, porque Montaigne no se sentía lo suficientemente Francés como para escribir en nombre de todos sus compatriotas. No sólo por su mitad de sangre Española, no sólo por ser de una provincia de Francia, sino porque su pertenencia intelectual, sus libros, su biblioteca, que terminó por ser su único hogar, lo acercaban más a Roma que a París. En los Romanos y en los Griegos Montaigne encuentra sus ejemplos y sus coterráneos. ¿ Cómo fundaron los Romanos su Nacionalidad? Desde luego no reflexionaron sobre ella en general: Dieron una historia, se inventaron una historia. La parte conocida la relataron los historiadores, la parte mítica los poetas (Virgilio). Roma se fabricó una historia; Romanizó la historia ajena, importó sus Dioses, fue invadida y modificó al invasor, no tuvo fronteras, o cuando las tuvo empezó a decaer. Roma fue una nacionalidad inventada, como la nuestra, como la de Montaigne, que se inventó héroes y moral, que se inventó leyes.

Una nacionalidad es una complicidad. Montaigne tenía su cómplice en Séneca. Eso era lo que conocía, su "Ser Francés", o Bordolés, era lo que no conocía, porque era lo que era fatalmente. Sobre esa abstracción Montaigne no podía agregar una línea. Sobre su enfermedad, sobre sus cálculos renales, sobre un párrafo de la Eneida, podía escribir. Unamuno, tres Siglos después, plantea esa fatalidad como un problema de militancia. Lo bautiza: la Españolidad. Lo que en Montaigne está fuera de dudas, el ser Francés, es para Unamuno el problema. Se puede ser Español, nacido y criado en España, sin serlo, y se puede no haber nacido ni haber sido criado en España y ser profundamente Español. Ser Español es una decisión, y es que para Unamuno, Vasco nacido en Bilbao, ser Español era una decisión. Podía no haberlo sido, podía haber sido sólo Vasco, pero sabe que su historia es la Española, que su derrota es la Española y decide ser Español en contra de España. En contra de la España que sobrevive. Reconoce Unamuno en Sarmiento este mismo ser en contra, y nacionaliza de un plumazo a Sarmiento como Español justamente cuando ataca a España. Lo mismo podríamos decir sobre la Argentinidad de Sarmiento. El Facundo es totalmente Argentino porque sólo un Argentino podría repugnarse tan profundamente de un compatriota que representa la Pampa, la ganadería, la Provincia; es decir casi toda la Argentina de la época.

Y entonces observamos que las contradicciones de Montaigne, exhibidas con relación a su propia existencia, a su espera de la muerte, se han trasladado a la Patria, a la Nacionalidad. El Sentimiento Trágico de la vida, se vuelve el sentimiento Trágico de la Patria. Sarmiento en el exilio escribe contra un héroe popular, querido, y hace, por lo tanto, una política suicida. Pero ante todo funda una literatura. Crea un personaje. Crea un "mal salvaje", con punta de satanismo. Crea el Romanticismo cuando pelea por fabricar una cultura clásica. Para fundar la paz, escribe con admiración y odio un héroe guerrero. Sarmiento es el padre de la Patria, pero es al mismo tiempo el hijo rebelde que maldice todo lo que su padre es: La Pampa.

El tema impone sus marcas, el proceso es el contrario al de Montaigne. El trasladar sus dudas y sus obsesiones de la intimidad al mundo, y atribuirle a la geografía y a las razas los tics nerviosos o gramaticales del autor que explica, y por lo tanto olvida, la patria. Los pensadores de América, de Europa, o Asia, llegaron por la misma época a las mismas conclusiones. Los entusiastas, Barres, el primer Tomas Mann, D'Annunzio, Lugones, vieron en nuestros desiertos un motivo de orgullo, en su barbarie la civilización del mañana. Los resultados políticos de estos celosos pensadores fueron desastrosos. Lugones y

D'Annunzio son el ejemplo más vivo, los dos fundaron sus socialismos autoritarios de un día. Pero el caso Lugones es más terrible que el de D'Annunzio, porque los Italianos pudieron volver a la tradición anterior, a Dante, a Leopardi, una tradición donde Patria no rimaba con cañones, donde la duda reinaba. Los Franceses pudieron volver a Montaigne. Los Argentinos no; renegados de España, donde podrían haber encontrado a Gracián o a Quevedo, Lugones intentaba ser el Adán, el Cristo y el Sarmiento de la Argentina del siglo XX. A nadie le pareció bizarro el intento. Ser un poeta suicida y ser un patriota no es entre nosotros una contradicción, al contrario, es buen signo. Lugones no fue un fundador porque al revés de la trama, algunos pensadores pensaron en la Argentina que conocían, una Argentina que quedaba muy lejos de la de Lugones. Pero hay una explicación a ese vicio patriótico que es Lugones, a su rol de fundador y suicida al mismo tiempo. Este doble rol nace de la función social y mística atribuida al ensayista hispanoamericano.

EL HOMBRE MAGISTRAL

Henríquez Ureña acuñó, para definir al intelectual hispanoamericano el término de "Hombres magistrales". Es decir, el intelectual que reflexiona sobre su patria, que contribuye a ella por su profesión y al mismo tiempo educa a su pueblo. Lejos está Montaigne, que colaboró con el rey y fue alcalde de Bourdeaux, pero no consideró esta labor más que como una distracción de su verdadero trabajo, escribir sobre su "humana condición". Henríquez Ureña sintetizó, no la idea del futuro pensador hispanoamericano, sino del anterior. Después de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, los hombres magistrales se harán escasos. Una nueva generación, hija de las infortunadas aventuras de Lugones y de los otros D'Annunzio del mundo unidos, se dedicará exclusivamente a la labor intelectual, sin dejar ni la política, ni las labores alimenticias, pero considerándolas distracciones. Borges, Macedonio Fernández, Octavio Paz, Benjamín Subercaseaux, Martínez Estrada, reflexionaran sobre América pero no lo harán desde su rol de fundadores; lo harán, sólo como escritores, desde sus prejuicios y no esconderán que sus obras son sólo obras de lenguaje y no un programa futuro. Transformarán entonces, no a América, sino a la estética de la palabra América.

Es lo que hace Ezequiel Martínez Estrada en su "Radiografía de la Pampa". Ahí demuele sistemáticamente el mito de la tierra Americana como una utopía, un mundo por hacer. La Pampa no es nueva, ni tiene la fuerza dramática pecadora, pero redentora al fin y al cabo de Sarmiento. Es un tierra usada, semi muerta y semi viva, que tiene como única tradición la soledad. Sin Pampa y sin Sarmiento, Paz descubrirá la misma soledad en la sierra, o entre los Pachucos. Y puede ser que la soledad sea, en los dos casos, la del escritor en su escritorio. Como puede ser que la furia y el odio bárbaro de Facundo sea la de Sarmiento exiliado.

Pero en Sarmiento no hay soledad, hay culpa. Sarmiento no estaba solo, escribía para alguien y sabía para quien. Paz o Ezequiel Martínez Estrada escriben para nadie, no preparan su vuelta sino que se exilian. Sarmiento es escritor, es fundador, es educador, es legislador. Su propósito es siempre múltiple, como su libro es novela y es ensayo y es programa. Crea desde la nada, desde el caos, pero al diagnosticar ese caos y esa nada encuentra muchas cosas que no sospechaba. Y si Sarmiento aborrece la Pampa y la denuncia es también el primero que la ve y la traduce. Sabe quienes son sus lectores, y sabe que sus palabras tienen futuro o no son nada. No es sólo literatura (es, eso justamente, lo que le molestará a Pío Baroja). Es la pretensión de fundar desde la nada la novela, el ensayo, la biografía y la autobiografía Argentina.

Sarmiento es el hombre magistral que escribe la obra magistral, pero que no puede tener discípulos, que no puede tener continuadores porque es una excepción y no una regla, porque es más un error, al mismo tiempo que un acierto. El "Facundo", libro múltiple, ambicioso, sólo nace del exilio y de la furia de quien quiere comprender ese exilio y al mismo tiempo cumplir un programa. De quien no ve la Pampa sino que la escribe desde el otro lado de la cordillera. Los discípulos que estarán en la Pampa, que buscarán esa Pampa, justamente por la fascinación satánica que Sarmiento hace brillar en ella, encontrarán algo completamente distinto. Encontrarán una manera de hablar, de pensar. Se preguntarán: ¿ Por qué ningún Pampeño había escrito antes las líneas de Sarmiento? Y les responderá Hernández que el Gaucho no ve el Paisaje ni se lo imagina, vive en él, se sirve de él, en él se esconde, pero no es capaz de dar una descripción geológica histórica como la de Sarmiento, porque le es poderosamente inútil hacerla. América entonces no es un paisaje, ni un lugar, sino una identidad. Como España para Unamuno no es un territorio, ni sus habitantes, sino una identidad que se reconoce en algunos signos.

Pero ¿ Sobre que se puede fundar esa identidad? Responder a esta pregunta requiere de un nuevo tipo de intelectual. De un intelectual que ya no es un "hombre magistral", que es parte comprometida, que estudia y al mismo tiempo impone. La identidad es una cuestión personal, y la debe rastrear el intelectual en su persona, la debe experimentar, debe ser un conejillo de indias de sí mismo. En eso Montaigne, olvidado, vuelve. ¿ Qué es Latinoamérica? No es nada en sí más que una historia común, y diferente y una identidad hecha a veces a voluntad, y otras a la fuerza. Pero otros, como Alfonso Reyes, se preguntan si es eso lo importante. ¿ Si importa saber que somos Latinoamericanos, cosa que ya sabíamos desde el principio? ¿ Tiene algún valor hablar de nuestra América, como si pudiera haber una América que no fuera nuestra?

Alfonso Reyes, y su generación, saben que América existe, y que somos en ella inevitables coordenadas. América es Española, cosa que pretendieron negar los fundadores, es india, cosa que pretendieron negar los hijos de los fundadores, es cosmopolita, cosa que pretendieron negar los nietos de los fundadores. América es esa suma de negaciones. Es algo que pretendió hacerse a pulso de voluntad. Es algo que pretendió hacer de sus fatalidades proeza. Reyes descubre que es ese rasgo de búsqueda de identidad, a través de la voluntad, a través de la inteligencia, y ese rasgo de pérdida de identidad de distancia, a través de la inteligencia, lo que es América, o lo que debería ser.

Reyes descubre la inteligencia Americana. Lo único que puede acompañarnos de revolución en revolución es una cierta manera de captar la información nueva, de sintetizar la antigua, de formarse y deformarse una opinión, una cierta manera de apearse del caballo y de caerse de él cuando hay mucho ruido. Reyes alivia su carga. Piensa que lo esencial de la cultura Maya no son sus templos y ruinas, que bien pueden destruirse, sino la invención del cero. Del catolicismo no guarda el dogma sino la idea del libre albedrío. Como Grecia, que sólo estaba unida por una lengua y una hazaña, la de Troya (con sus Agamenones y Aquiles), y de la que sólo quedó Platón o Aristóteles, América o es una cultura o no es nada. Pero ahí Reyes se mueve hacia el deber ser, hacia la Utopía. Ahí Reyes apuesta.

Como ya hemos dicho, ningún ensayista habla de otra cosa que de sí mismo, y Montaigne, al reducir el tema de sus ensayos a su propia condición humana, no hacía un gesto de audacia sino de estricto y sorprendente avance modesto y realista. Reyes habla de la inteligencia Americana y habla de su propia inteligencia. Una inteligencia aguda tan conciente de la forma como del fondo. Él es la inteligencia Americana y como tal

desconoce, u olvida, o deja para un después que nunca llega, la estupidez Americana, tan perspicaz y cosmopolita como la inteligencia. Borges, seguidor de Reyes, se hará mucho menos ilusiones sobre el poder utópico de nuestra inteligencia. En un artículo llamado "Nuestro pobre individualismo", hace un retrato exacto de los límites de esa inteligencia, sin omitir ni su poder ni su gloria:

"El europeo y el americano del norte juzgan que ha de ser bueno un libro que ha merecido un premio cualquiera; el argentino admite la posibilidad de que no sea malo, a pesar del premio. En general, el argentino descreo de las circunstancias."

Sin traspasar los umbrales de esa inteligencia Borges denuncia nuestras diferencias con España . No hay rastro en él, del idioma fundador. América es un hecho, un hecho al que no le atribuye un signo positivo ni negativo, sino un signo de hecho, de hecho cultural.

América es un libro, y como todo libro tiene sus pasajes lóbregos, sus aciertos, sus metáforas y su retórica. Es esta la parte de América que a Borges le interesa. Es el "Idioma de los Argentinos" (título de uno de sus primeros libros), que estudia, analiza y usa.

América (y Argentina, porque Borges no habría comulgado con esta generalidad continental), es un libro, pero no es sólo el Facundo, sino el Martín Fierro, y no en su versión patriótica y demagógica a lo Lugones. Es el lenguaje de Gaucho que tiene su valor no en ser épica nacional, o denuncia, sino en ser literatura, en traspasar al verso a veces torpe, las pasiones, la soledad y la grandeza de un fugitivo. Y por eso mismo lee Borges la épica Islandesa, con la diferencia de que el Martín Fierro reviste en su infancia un peso prohibido (su madre le desaconsejaba esta lectura federalista) y una proximidad nostálgica (su abuela vivía en unos de esos cuarteles de Frontera de los que escapa Martín Fierro).

Borges y su generación lograrán por primera vez tener nostalgia de América. Es decir, vivir en América como una realidad hecha que se ha quedado en el tiempo. Al acercarse al "País real", encontrarán sentimientos universales: tragedia, olvido, la muerte en Juan Rulfo, la ciudad en Marechal, el cansancio vital en Onetti.

América no es en ellos el nuevo mundo. Al contrario, es un mundo antiguo, usado y abusado a veces, pero donde vive lo que en otras partes murió.

Y esta es también la característica de nuestra hispanidad, de nuestra lengua: hablamos un español más arcaico, que ha guardado los usos que Madrid deforma. Es nuestro gusto por lo nuevo y lo moderno que nos sorprende y produce un goce estético y un desconcierto practico, típico de la vejez. Es el cansancio de los habitantes de Hispanoamérica que no son ni emprendedores ni soñadores, sino muchas veces dolidos antes de la herida.

UNA ESTATUA CONTRA LAS ESTATUAS

Pero sobre todo somos una manera de hablar. Y en ese sentido un personaje tan marginal y extraño a la tradición del ensayo hispanoamericano como Macedonio Fernández, ocupa de rebote un lugar central (aunque equivocadamente, creemos, se lo ha puesto sólo entre los narradores extravagantes). No habla de América, o lo hace de esta manera:

"Colón se encontraba en Italia cuando nació. Aunque esto le ocurrió a Colón, como a todos los hombres, en un día y año, la fecha exacta no la tenemos hoy: se habrá echado a perder por no haber sido guardado en un lugar seco y frío; lo cierto es que hoy hombres poderosos o ricos o de celebridad no disponen de esa fecha que los más humildes de Génova la supieron de memoria instantes después."

Habla de la novela, o de las estatuas, o de sus encuentros con el Recienvenido, pero su manera de hablar, de escribir, es hispanoamericana hasta el meollo. Vallejos:

" VII

Rumbé sin novedad por la vetuada calle

que yo no sé. Todo sin novedad,
de veras. Y fondeé hacia cosas así,
y fui pasado."

habla tan bien así, y lo hace Cortázar . Entonces la inteligencia Americana no es sólo una forma de decir las cosas, sino también una forma de no decir lo que hay que decir. Macedonio Fernández hace una metafísica sin ser, y un periodismo sin noticia. Al revés de Reyes, hace de la inteligencia americana, la desinteligencia Bonaerense. Pero también, biográficamente, Macedonio representa la "otra cara del ensayo Hispanoamericano". Macedonio es todo lo contrario del "Hombre magistral" postulado por Henríquez Ureña. Ejerce su profesión de abogado con desgano, no enseña a su pueblo, no participa en la política Argentina. Parodia los actos de los fundadores de la Cultura latinoamericana, se ríe de las estatuas que llenan los parques con bustos de "Recienvenidos". Cuenta su vida sin llegar a articular un discurso coherente. No le preocupa el folklore como tampoco la difusión de ideas europeas entre los nativos. Se siente lo suficientemente cómodo en su cultura como para no fundarla. Se siente lo suficientemente incómodo para no hacer ni historia ni sociología. Hace metafísica humorística, púdica, deshinchada. Hace una metafísica a la altura del porteño. Hace lo único que un filósofo (es decir un escritor), puede hacer. Hace un estilo que pueda soportar sobre sus hombros un gramo de verdad. Y entonces, haciendo todo lo que un hombre magistral no debe hacer se vuelve un hombre magistral. Lo atestiguan sus seguidores, Borges o Marechal, enemigos en todo menos en el amor a su maestro. No hace más que literatura, pero para diarios y revistas, con noticias que no son noticias, y discursos que no dicen nada. Se convierte en un mito, un personaje y un escritor al mismo tiempo, en torno al cual se ha fundado buena parte de la literatura argentina de hoy. Es decir buena parte de la Argentina de hoy. Macedonio sigue, entonces, al pie de la letra el método de Montaigne. No habla más que de sí mismo, e inventa un sí mismo. Se hace personaje sin ficción. Macedonio sería entonces el primer ensayista "a la Montaigne", de América. Pero es tan extraño a Montaigne como los caballos a los Indios.

CONCLUSIONES

He caído justamente en el pecado que denunció. He hablado de América como un ente abstracto y por fundar y no como una realidad en la que vivo. Y es más grave aún porque mi objetivo es justamente mostrar la distancia que hay entre esa América en la que vivo y la América escrita. Pero este objetivo requiere de más trabajos, de más reflexión y de más lecturas. Queda pendiente.

En estas páginas he intentado delimitar algunas boyas de salvataje para ese futuro trabajo, algunas referencias ineludibles que he tratado de declinar a la luz de esta experiencia real de América. He buscado una línea histórica, que se basa en la gratuidad de mis lecturas y de mis prejuicios, tratando de definir una evolución en ese pensamiento sobre América. Esta evolución es la que va desde la fundación de América hasta la delimitación de una inteligencia Americana desde fuera y desde dentro. Está claro que el proceso histórico no es tan gratuito y causal como lo defino en estas páginas. De hecho las distintas tendencias que reseño han convivido y conviven hoy entre los pensadores y los no pensadores (más en estos últimos que en los primeros). He hecho esas delimitaciones basado en mi subjetiva opinión, totalmente discutible, tan discutible que intento justamente hacerla discutir con los textos. Ignoro quien habla más fuerte y quien convence más. Pero tengo la impresión de no haberme traicionado ni de traicionar a los autores que convoco.

Muchas veces he oído la queja de que a América le hace falta un filósofo. Por filósofo se entiende un filósofo alemán. Filósofos no alemanes los hemos tenido y los hemos tenido por poco, muy injustamente. Pienso, por ejemplo, que hasta en las más anodinas anotaciones de Alfonso Reyes hay filosofía. Personalmente prefiero leer la "Historia de la Eternidad" de Borges que cualquier libro de Heidegger. Pero, al margen de mis gustos, es cierto que América no ha producido grandes talentos especulativos. Yo opino que ha sido una suerte. Yo opino que no era nuestro rol tenerlos. Yo opino, y me baso en "Las notas sobre la inteligencia Americana" de Reyes, que nuestra única estrategia es el talento, pero que el talento, como en Maradona, lleva al dolor y al fraude. Este es nuestro dolor y nuestro fraude. Eso pienso cuando estoy optimista, Cuando no, sé que ser Americano no es gran cosa, no es ni siquiera, como lo plantea Martínez Estrada u Octavio Paz, una trágica soledad. Como dice Borges:

"Comprendo que muchos acepten, porque esta declaración de nuestra soledad, de nuestra perdición, de nuestro carácter primitivo tiene, como el existencialismo, el encanto de lo patético. Muchas personas pueden aceptar esa opinión porque una vez aceptada se sentirán solas, desconsoladas y, de algún modo, interesantes."

Y sabernos desconocidos es una manera de pensar que somos más importantes de lo que parecemos. Y no es cierto. Cualquiera que pisa un aeropuerto de gran tráfico (Nueva York, Francfort, París) descubre que somos muy poco entre los Hindúes, los Africanos, los Pakistaníes y Vietnamitas. Y que no porque a nosotros nos parezcan distintos y excéntricos son menos occidentales y europeos cuando se empeñan en serlo. Nosotros no podemos ni empeñarnos: Ya fuimos, hablamos una lengua Europea que es casi Africana para la Europa que consideramos "normales" (Alemania, considerada por los Franceses bárbaros, Inglaterra que considera a los Europeos barbaros, y Francia que considera al resto de Europa Subdesarrollada). Pienso, entonces, que ser Hispanoamericano no es mayormente importante.

América no está por escribirse, ya está escrita. Y estaba escrita antes de ser descubierta. A esa tradición respondo "sin querer queriendo", como decía el "Chavo del Ocho", personaje básicamente latinoamericano (y por eso mismo básicamente fome).

América nació al mundo al mismo tiempo que nació el ensayo de Montaigne. La influencia del primer ensayista es la literatura de Séneca, influencia también de nuestros Colonizadores. Quise en estas páginas comparar estos dos descubrimientos y tratar de reunirlos. Montaigne, como nosotros, no pudo, ni quiso, hacer filosofía especulativa. Hizo ensayo sobre el hombre y eligió el hombre que más conocía: Michel de Montaigne. Su obra, sus ensayos, están llenos de esa concreción humana que se alía perfectamente con la inteligencia y el gusto. Por eso Nietzsche tenía a Montaigne entre los libros que le eran necesarios. Creo que la inteligencia Americana debe aliarse indisolublemente con ese otro descubrimiento de Montaigne. Lo que podemos aportar, o lo que yo quisiera aportar, es esa humana franqueza, esa inteligencia lúcida que es capaz de hablar de sus problemas digestivos o de su cálculo renal. Creo que está marcado en nuestro destino.

Para apoyar tantas gratuitas afirmaciones quiero terminar este ensayo con una cita de Borges en una conferencia que me parece esencial en la historia del ensayo hispanoamericano. Se llama "El escritor argentino y la tradición":

"¿Cuál es la tradición argentina? Creo que podemos contestar fácilmente y que no hay problema en esta pregunta. Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, mayor que la que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental. Recuerdo aquí un ensayo de Thorstein Veblen, sociólogo norteamericano, sobre la preeminencia de los

Judíos, y contesta que no; dice que sobresalen en la cultura occidental, porque actúan dentro de esa cultura y al mismo tiempo no se sienten atados a ella por una devoción especial; "por eso -dice- a un judío siempre le será más fácil que a un occidental no judío innovar en la cultura occidental"; y lo mismo podemos decir de los irlandeses en la cultura de Inglaterra. Tratándose de los Irlandeses, no tenemos por qué suponer que la profusión de nombres irlandeses en la literatura y la filosofía británicas se deba a una preeminencia racial, porque muchos de esos irlandeses ilustres (Shaw, Berkeley, Swift) fueron descendientes de ingleses, fueron personas que no tenían sangre celta; sin embargo, les bastó el hecho de sentirse irlandeses, distintos, para innovar en la cultura inglesa. Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga, podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas".

Cito este párrafo, esencial para entender toda la obra de Borges, no porque sea una verdad absoluta y probada sino porque es la parcela más moderna, y que todavía no puedo atomizar ni archivar, de esa esperanza que nos damos los hispanoamericanos, por el sólo hecho de nacer en Hispanoamérica.

[Facilitado por la Universidad de Chile](#)

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo